

La industria textil en Puebla y Tlaxcala durante el Porfiriato



CORALIA GUTIÉRREZ ÁLVAREZ

La transición al capitalismo industrial en México presenta una serie de particularidades que sigue siendo tarea pendiente para la historiografía mexicana. Estudiar este transitar en el siglo XIX, obliga a tener en cuenta los espacios dinámicos regionales, es decir, aquéllos donde se formaron los capitales que durante el Porfiriato —y hasta la quinta década del siglo XX— hicieron posible el crecimiento económico.

Uno de los grupos que tomaron parte en este dinamismo fue el de los industriales del textil en el altiplano Puebla-Tlaxcala, integrado en su mayoría por españoles, que llegaron al país poco antes del régimen porfiriano o poco tiempo después de instaurado; al cabo de dos o tres décadas ya se habían transformado en los más importantes empresarios de la región. Contaban con el mayor número de fábricas y con las mejores, así como las fuentes de crédito locales, tanto privadas como institucionales. ¿Cómo lograron estos españoles convertirse en empresarios y constituir el grupo de poder más importante del Porfiriato en Puebla? El propósito de este trabajo es ofrecer algunos elementos de orden económico para dar respuesta a esta pregunta.

Muchos hombres de negocios de la región se reconocían a sí mismos, principalmente, como agricultores o comerciantes y, en menor medida, como industriales. Esta doble identidad era producto tanto de las circunstancias en que se había constituido la estructura industrial como del sistema económico utilizado por los empresarios.

La formación de la estructura industrial

A fines del Porfiriato, 41% del total de la industria textil se encontraba fuera de la ciudad de Puebla, que había sido el centro fabril por tradición. No fueron pocas las fábricas que se instalaron en antiguas haciendas en Cholula, Atlixco y San Martín Texmelucan, pues en dichos lugares se podía utilizar parte de la infraestructura ya instalada para la producción agrícola

y, muchas veces, disponer de la abundante y barata mano de obra del lugar. En la zona de la Malinche, entre los estados de Tlaxcala y Puebla, también se instalaron fábricas, pero la mayor parte se concentró en esta última entidad.

En 1880, cuando creció el flujo españoles a México, muchos de sus connacionales ya se dedicaban al comercio, la agricultura y la industria en Puebla, principalmente, y Tlaxcala; además, habían logrado acumular fortunas considerables, gracias a su trabajo y a su habilidad política. En aquel entonces Puebla, después de la Ciudad de México y Veracruz, era uno de los lugares en donde más españoles había.

Los que llegaron a fines del siglo XIX siguieron la costumbre secular de emplearse como dependientes en las tiendas de sus compatriotas o bien se contrataban como trabajadores de confianza, técnicos, administradores, mayordomos y capataces en sus fábricas y haciendas. Las fortunas generalmente se amasaron en la época de la Reforma y la República restaurada y, en muchos casos, se incrementaron por medio del matrimonio con otros paisanos de posición semejante o bien con miembros de familias mexicanas acaudaladas.

Manuel Rivero Collada, el más prominente de los empresarios del ramo textil y uno de los hombres más ricos de Puebla durante el Porfiriato, se casó con María de la Concepción Quijano y Gómez de Rueda, hija de sevillanos, nacida en Oaxaca. Ignacio Morales y Benítez, otro de los grandes empresarios de la región, vástago de poblanos, estuvo casado con una hija de Manuel Martínez Conde, de origen santanderino.

La mayoría de estos españoles acumularon sus capitales en el comercio. Por este y otros medios, se adueñaron de casi todas las fábricas de Puebla y Tlaxcala. Se distinguieron de la generación empresarial que los procedió, porque no sólo contaban con las ventajas geográficas que habían estimulado la inversión en la región, sino con las excelentes circunstancias institucionales que ofrecía el gobierno y, por primera vez, con la estabilidad política que ahora alentaba las inversiones. Otro incentivo fue la ampliación de un mercado interno mejor integrado. En

ese escenario, los empresarios españoles mostraron una amplia disposición a invertir, especialmente en la industria.

Durante el siglo XIX se establecieron en Puebla y Tlaxcala la industria ligera (en la que se encontraba el ramo textil), la de alimentos y bebidas y la minero-metalúrgica. Al finalizar el XIX y comenzar el XX se incorporó también la industria eléctrica, pero durante un tiempo siguieron predominando las actividades más antiguas de la industria ligera, especialmente la confección de textiles de algodón, cuyo origen se remontaba a la época colonial. A la rama textil siguió la de alimentos y bebidas, la minería y la elaboración de productos metálicos. Aunque en las postrimerías del XIX la industria en general estaba pasando por un proceso de diversificación productiva, los textiles siguieron siendo la rama líder en la región: al comenzar los años noventa había 20 fábricas; en 1904 ya había alrededor de treinta y siete; diez años después sobrepasaban las cuarenta y cinco.

Aun así, las industrias más importantes de Puebla siguieron orientadas al consumo interno y muy unidas a la economía agrícola (clara relación de las industrias harinera y azucarera con el campo son los complejos agroindustriales que se constituyeron); el vínculo con los textiles era menos notorio, pero también importante.

La dinámica en la rama textil

El dominio del sector agrario en la economía mexicana se sentía de modo contundente en la industria textil. La venta de telas dependía del rendimiento y la comercialización de las cosechas: si eran malas, los precios de los alimentos subían, y entonces se posponía la compra de ropa. Si los transportes o la organización del comercio provocaban alza en los productos básicos, sucedía lo mismo. El presupuesto familiar se nivelaba prescindiendo del vestido.

El ritmo del proceso de industrialización en los textiles del altiplano Puebla-Tlaxcala permitió, durante mucho tiempo, la coexistencia de formas productivas con tecnologías desiguales: algunas artesanales y otras propiamente industriales. La actividad que primero se mecanizó fue el hilado. Precisamente, las fábricas equipadas con maquinaria moderna, como se describían en los años treinta del siglo XIX, sólo hilaban, y para el tejido recurrían a los talleres familiares. En un principio las fábricas y los talleres se articularon en un mismo proceso, pero no pasó más de una década para que se introdujeran los primeros telares mecánicos.



Llegada del ferrocarril a Puebla. Finales del siglo XIX

A comienzos del siglo XX se mantenía dicha coexistencia, sobre todo por la tradición regional en el ramo de textiles y por la fuerza de los que habían sido responsables de la producción local hasta antes de que soplaran los vientos industrializadores. Pero tal fortaleza no pudo evitar que, aunque con limitaciones y resistencias, se instaurara la producción mecanizada de textiles de algodón, característica del sistema de fábrica.

Las restricciones al avance del sistema fabril influyeron en el tipo de innovaciones que se introdujeron en este periodo, basadas en la heterogeneidad estructural de la rama. El resultado fue la estratificación de la producción, que no incluía centralmente a los talleres que existían desde antes sino que se aplicaba a las nuevas fábricas. Unas se dedicaban exclusivamente al hilado y otras al tejido, pero existía un grupo mayoritario que tenía ambas actividades integradas y otro distinto que se dedicaba al acabado de la tela cuando era preciso teñirla o estamparla. La Trinidad, La Covadonga y Metepec se encontraban entre los pocos casos de fábricas que abarcaban el proceso completo, pues a fines del Porfiriato lo común era producir mantas rústicas de consumo popular. Aun así, al ampliarse el mercado, la industria recibió un fuerte impulso. Aumentó el número de fábricas y el proceso de fabricación de textiles de algodón se mecanizó casi por completo.

El origen del capital

Las principales fuentes de financiamiento de la industria textil procedieron de capitales privados, básicamente de la región, con algunos nexos con otros mercados de capital. El capital comercial desempeñó un papel muy importante; muchos de los industriales eran comerciantes, con negocios de abarrotes, ferreterías, madererías y panaderías y fungían como intermediarios o prestamistas.

Los españoles Manuel y Juan García acumularon su capital en el ramo de abarrotes y, simultáneamente, invirtieron en la

industria textil adquiriendo la fábrica San Juan B. Amatlán y formando sociedad para explotar otra en San Martín Texmelucan. Lo mismo ocurrió con los hermanos Díaz Rubín: José, el mayor, fue uno de los comerciantes más conocidos de la ciudad de Puebla desde la década de los noventa. Cuando murió José, sus hermanos, con Ángel a la cabeza, prosiguieron las actividades económicas de la familia, que llevaban a cabo en dos fábricas textiles en Atlixco —La Concepción y El Carmen—, y otra en la frontera con Tlaxcala, La Covadonga.

Otros como Leopoldo Gavito, Santos Letona, Ignacio Noriega y los González Cosío invirtieron en los textiles desde el principio, aprovechando todas las facilidades que el México porfiriano ofrecía. De esta forma lograron mantener y acrecentar sus intereses en el ramo. Dado que casi todos mantuvieron sus negocios comerciales, se creó un fuerte nexo entre la producción y la distribución. Los mismos empresarios se encargaban de comercializar sus productos, pues la mayoría de ellos contaba con oficinas distribuidoras en la ciudad de Puebla.

En la industria textil no hubo inversiones directas de capital extranjero, excepto quizá en el caso de la Compañía Industrial de Atlixco, S. A., que explotó la fábrica Metepec y cuyas acciones se cotizaban en las bolsas de París y de Ginebra. Aunque en esta rama los empresarios más importantes de la región eran de origen español, hicieron sus capitales en el interior de la República, usualmente en el propio estado de Puebla.

Poseer esos capitales colocaba a los españoles en situación de utilizarlos productivamente. Cuando encontraban la coyuntura propicia invertían en la industria y en la agroindustria, creando así su propio aparato financiero. El control de tres bancos: el Oriental de México, El Descuento Español y el Banco Español Refaccionario fueron su base de apoyo y fuente de acumulación, ya que les permitió intervenir en una amplia gama de actividades económicas.

Las áreas de inversión

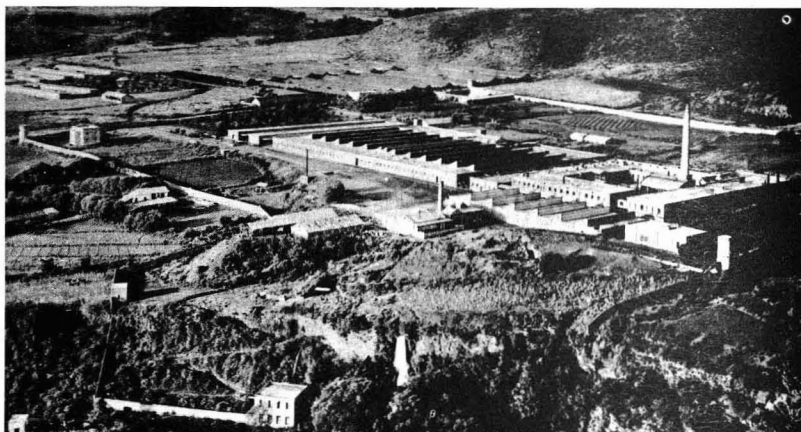
El poder financiero que llegó a concentrar el grupo de empresarios de la industria textil de Puebla y Tlaxcala (integrado en su mayoría por españoles) se erigió en el más importante de sus logros e intereses en diversas áreas. Entre 1890 y 1910 continuaron con sus actividades comerciales, incrementaron o adquirieron propiedades agrarias y urbanas, agregaron a sus inversiones en los textiles otras en ramas industriales distintas y se iniciaron con éxito en las finanzas.

Un gran número de empresarios de la industria textil compraron haciendas antes o después de iniciar sus actividades en la industria. Aun los que empezaron a participar en esa rama ya entrado el siglo XX siguieron la misma pauta de inversión.

Las haciendas no se adquirían sólo por prestigio social o con el fin de hacer una inversión segura; se explotaban con el mismo espíritu que los otros negocios; era una manera de diversificar las ganancias y de no depender de un sólo sector de la economía.

Ángel Díaz Rubín, por ejemplo, se acogió a este principio de equilibrio, al pedir que las principales empresas —un ingenio y una fábrica— de su difunto hermano José, les fueran adjudicadas en común a él y a sus otros hermanos, debido a que “si se las explotaba en junto” se complementaban recíprocamente. Aparte, hubo empresarios que teniendo intereses en los textiles se inclinaron más hacia el sector agrario; tal fue el caso de Félix Pérez.

La cartera bancaria incluyó el crédito a la producción agrícola; por este medio se propició la adquisición y se desarrollaron las empresas agrarias más importantes de Puebla y otros



Vista aérea de la Fábrica de Metepec, Atlixco, Puebla. Tricolor, 1923

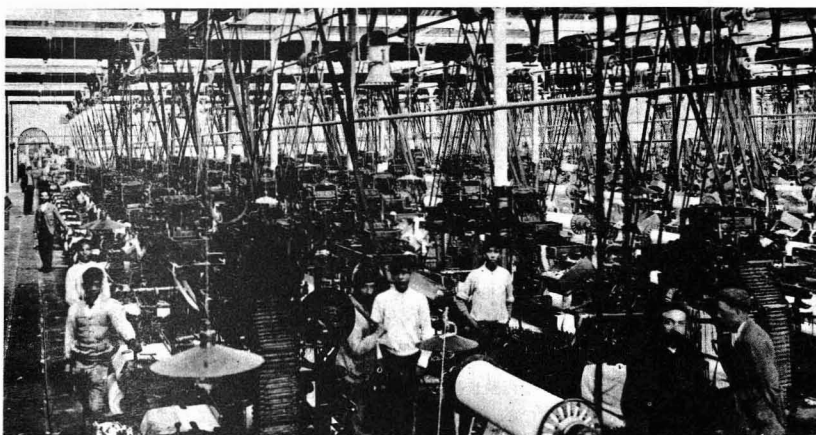
estados. Cuando se daban las cosechas como prenda hipotecaria, los bancos se ocupaban de comercializarlas.

La inversión en la industria textil durante el Porfiriato resultó favorecida gracias a los incentivos de la política económica del Porfiriato y a tres factores más: el crecimiento de la población y de medios de comunicación, que se tradujo en la ampliación del mercado, es decir, la demanda nacional; la disponibilidad de materia prima y de nuevas tierras para el cultivo del algodón, y los bajos salarios estables en la región central del país. En esas condiciones la inversión en los textiles fue propicia. A principios del siglo XX ya se había iniciado un proceso de concentración de fábricas en unas cuantas familias de la región y, en la segunda década, encabezaban la rama los Quijano Rivero, los sucesores de Francisco M. Conde, los hermanos Díaz Rubín, los Gavito Méndez, la viuda y los hijos de Leopoldo Gavito, los hermanos Gómez Conde y los hermanos Artasánchez.

En 1900, con la fundación del Banco Oriental, que contaba con un capital inicial de tres millones de pesos representado en treinta mil acciones, estos industriales empezaron a tener intereses en el sector financiero. Entre los socios mayoritarios estaban Rivero Collada, Santos Letona, los Sánchez Gavito, José Villar, Ramón Gavito e Ignacio Rivero. Más de dos terceras partes del capital provenían de la rama textil.

Cuatro años después se emitieron otras treinta mil acciones de 100 pesos cada una, con lo cual los fondos del Banco Oriental se duplicaron. En esta ocasión dos terceras partes de los títulos se colocaron en el mercado internacional y se hicieron socios de dicho banco prominentes empresarios identificados políticamente con Porfirio Díaz que operaban en la región central del país, como Fernando Pimentel y Fagoaga, los Zaldo de Veracruz y los Zorrilla de Oaxaca. La presencia de estos accionistas revela que ya existía un amplio mercado financiero y relaciones entre el poder político y el económico. Sin embargo, de las acciones que se quedaron en México el mayor número pertenecía a los industriales más importantes de Puebla y Tlaxcala.

Con el correr del siglo, las actividades financieras del grupo fueron creciendo. El Banco Oriental aumentó sus operacio-



Salón de telares de la Fábrica de Metepec, Atlixco, Puebla. *Tricolor*, 1923

nes en México y en el extranjero; se fundaron los otros bancos mencionados arriba (El Descuento Español y El Español Refaccionario) y, en junio de 1909, los bancos de Oaxaca, S. A. y Chiapas S. A. se fusionaron con el Oriental, lo cual elevó el capital de la nueva sociedad a ocho millones de pesos.

Aunque los fondos del Oriental provenían en gran parte de la industria textil, poco sirvieron para cubrir las necesidades de la rama. Dentro del sector financiero se produjo un proceso de diversificación. El Banco Oriental se dedicaría al crédito público y privado a corto plazo, mientras que el Descuento se ocuparía de hacer efectivo el valor de los documentos de pago (por ejemplo, letras de cambio) en moneda de curso legal; por su parte, el Español Refaccionario se encargaría de los préstamos hipotecarios, especialmente sobre bienes agrícolas, ya fueran inmuebles, o sobre las cosechas. Los medios financieros de este grupo de empresarios dedicados a la industria textil consolidaron su poder en la zona central del país, en particular en Puebla y Tlaxcala. Este fenómeno no se dio en forma aislada; el funcionamiento de las instituciones bancarias empezaba a generalizarse en México.

Los empresarios de la Puebla porfiriana empezaron a romper con la costumbre de invertir sus ganancias provenientes de otros sectores de la economía, principalmente en propie-

dades agrarias. Españoles como Félix Pérez y los de la Hidalgo orientaron los beneficios de la agricultura a la industria textil. Otros, como los Díaz Rubín, los Gómez Conde, los Morales Conde y Presno, buscaron además el equilibrio entre los requerimientos financieros de la producción industrial y los de la agroindustria y el comercio, para obtener seguridad en la inversión. En todo caso, se trataba de capitales que fluían del agro hacia la industria. Esos apellidos propiciaron en parte el cambio que se estaba dando aceleradamente en la segunda mitad del régimen; las inversiones en áreas productivas tradicionales pasaron a las más dinámicas de la economía.

Los empresarios más importantes de Puebla y Tlaxcala diversificaron sus intereses, pero a diferencia de las generaciones anteriores y a tono con los cambios económicos, le dieron mayor importancia a las inversiones en la industria textil y en

el sector financiero. Sus preferencias estuvieron en relación directa con los rendimientos económicos. En la industria textil el interés promedio anual sobre el capital social era de 16%, mientras que en las operaciones del Oriental y otros bancos en poder del grupo era de 12%. Algunos se atuvieron únicamente a la oportunidad económica y asentaron su capital principalmente en los textiles.

El reto de la innovación tecnológica

En el periodo de entre siglos, la preferencia por los textiles obligó a estos empresarios a desarrollar su capacidad de innovación para poder hacer frente a la dura competencia de grandes fábricas de la Ciudad de México y Orizaba que se destacaron por su integración vertical y sus operaciones en gran escala. Las condiciones productivas de dichos establecimientos permitían vender telas de mejor calidad y a menor precio, en comparación con las que hasta entonces predominaban en el mercado, lo cual hacía cada vez más difícil que permanecieran dentro de la rama los negocios menos eficientes.

La introducción de maquinaria textil moderna en gran escala exigió incorporar otras fuentes de energía de mayor potencia que las empleadas hasta entonces (el vapor o el agua). La creciente mecanización presuponía el uso de la energía hidroeléctrica y de la electricidad. En 1904 Puebla contaba con instalaciones que generaban la mayor cantidad de energía de la República: 2 500 kw. En 1910-1913 se habían alcanzado los 70 124 kw, aunque no toda esta energía se gastaba en las fábricas de la región.

Durante la segunda mitad del régimen de Porfirio Díaz la industria textil se caracterizaba por contar con una planta productiva moderna. Según informes de los propios empresarios del altiplano Puebla-Tlaxcala, en 1913 todos los husos en actividad eran modernos y tan sólo alrededor de 0.10% de los telares se catalogaban como "antiguos". Además, la región

concentraba casi una tercera parte de las estampadoras modernas registradas en el país.

Casi toda la maquinaria que se instaló en la industria textil era importada, principalmente de Inglaterra. Muchos empresarios que deseaban conocer directamente los adelantos tecnológicos viajaron a Europa y los Estados Unidos y algunos incluso estudiaron fuera del país. Sin embargo, el equipo importado ocasionó un mayor costo de arranque y problemas de mercado.

La mecanización en los textiles de algodón en Puebla y Tlaxcala fue parte del cambio progresivo que sufrió todo el

entre varios capitalistas sino entre dos o más sectores económicos.

Por sus características concretas, en el ramo textil se estableció una diferenciación entre los empresarios de la región, que, no obstante, sirvió de base para construir una complementariedad productiva entre sus empresas. Este y otros factores los acercaron y muchas veces los hicieron tomar una posición semejante. Finalmente, el efecto social más importante que produjo su actividad en el ámbito económico fue la formación de un grupo empresarial unificado, que sin embargo no estuvo aislado ni adoptó características exclusivas que lo diferenciaron radicalmente de otros grupos burgueses de México.

Los empresarios del textil de Puebla y Tlaxcala contribuyeron de manera importante al establecimiento de la industria de transformación del Porfiriato. Habiendo hecho fortuna principalmente en el comercio en los años que precedieron al restablecimiento de la República, llegaron al Porfiriato con capital suficiente para invertir, formar su propio grupo de poder local e integrarse a la elite que dirigió el país en la segunda mitad de dicho régimen. ♦

Fuentes consultadas

- Archivo General de la Nación, Ramo Trabajo, Departamento del Trabajo.
- Archivo General de Notarías de Puebla (véase especialmente la Notaría 5, de 1900 a 1914).
- Aguirre, Carmen y Alberto Carabarin, "Formas artesanales y fabriles de los textiles de algodón en la ciudad de Puebla, siglos XVIII y XIX", en *Puebla, de la Colonia a la Revolución. Estudios de historia regional*, CIHYS/ICUAP/UAP, Puebla, 1987.
- Cerutti, Mario, "Estudios regionales e historia empresarial en México (1840-1920): quince años de historiografía", en *Revista Interamericana de Bibliografía*, vol. XLVIII, núm. 3, 1993.
- Directorio comercial ilustrado del estado de Puebla*, Empresa Editora y Comercial La Nacional, Puebla, 1914-1915.
- Gamboa Ojeda, Leticia, *Los empresarios de ayer. El grupo dominante en la industria textil de Puebla. 1906-1929*, UAP, Puebla, 1985.
- Godoy Dárdano, Ernesto, "El primer cuarto de siglo del sector eléctrico en Puebla: bosquejo histórico de su implantación, 1888-1913", en *Elementos* (Revista de Ciencias Exactas, Naturales y Aplicadas), vol. 3, núm. 18, 1993.
- Gutiérrez Álvarez, Coralía, "El conflicto social en la industria textil: empresarios y obreros de Puebla-Tlaxcala, 1892-1914", tesis de doctorado, Centro de Estudios Históricos, El Colegio de México, 1995.
- Keremitsis, Dawn, *La industria textil mexicana en el siglo XIX*, (Setentas, núm. 67), México, 1973.
- La República*, Puebla, 1909-1910.
- Muller, Wolfgang, "El financiamiento de la industria textil poblana, 1850-1910", en *Comunicaciones* (Revista de la Fundación Alemana para la Investigación Científica), núm. 15 (número especial, 2º simposio), octubre, 1978.
- Ramírez Rancaño, *Directorio de empresas industriales: 1900-1920*, IIS/UNAM, México, s/f.

BANCO ESPAÑOL REFACCIONARIO, S. A.

PUEBLA

AVENIDA 2 PONIENTE NUMERO 106

ANTIGUA CALLE DE PORFIRIO DIAZ 6

APARTADO POSTAL 135 TELÉFONO COMERCIAL 515

Hace préstamos refaccionarios, prendarios y con garantía solamente personal; descuenta pagarés u otros valores de comercio; compra y vende giros, negocia letras de cambio, libranzas o mandatos de cualquiera otra especie, pagaderos en la República o en el Extranjero; desempeña toda clase de comisiones mercantiles y se encarga de cobrar valores; recibe depósitos y abre cuentas corrientes de cheques y en general practica toda clase de operaciones bancarias conforme a la Ley.

Gerente,

D. José Pablo Almendaro.

Cajero Contador,

D. Mariano I. Gómez Daza.

Tricolor, 1923

país, que paso de tener una industria con inversión intensa de trabajo a una con inversión intensa de capital. No obstante, los avances del sistema fabril no fueron uniformes en todas las empresas, lo que dio como resultado una estratificación productiva según la capacidad de cada establecimiento, en donde los procesos de unas fábricas completaban los de otras.

Consideraciones finales

De acuerdo con la manera en que fue constituyendo la estructura industrial, los empresarios del altiplano Puebla-Tlaxcala fueron diversificando sus inversiones pero las más importantes las hicieron en la industria textil y en la banca. Para muchos de ellos la inversión fue compartida, no sólo